TALLER DE ESPIRITUALIDAD Nº 8

NOVIEMBRE 2026

"Sembradores pequeños, frutos eternos"

OBJETIVO:

Descubrir nuestro llamado como sembradores del evangelio desde la humildad y pequeñez, sabiendo que los frutos los da Cristo y son eternos.

1.- ACTIVIDAD MOTIVADORA:

Quien guía el taller hace una pequeña oración introductoria al taller y lee la metáfora: *"Yo sólo soy un pequeño lápiz en la mano de Dios"*

Érase una vez, un niñito que miraba cómo su abuelo escribía una carta. En un momento dado, le preguntó:
– ¿Abuelo, estás escribiendo una historia que nos pasó a los dos? ¿Es, por casualidad, una historia sobre mí?
El abuelo dejó de escribir, sonrió y le dijo al nieto:
– Estoy escribiendo sobre ti, es cierto. Sin embargo, más importante que las palabras, es el lápiz que estoy usando. Me gustaría que tú fueses como él cuando crezcas.
– ¿Cómo el lápiz? , preguntó el nieto intrigado. ¿Qué tiene de particular ese lápiz?
El abuelo le respondió:
– Todo depende del modo en que mires las cosas. Hay en él cinco cualidades que, si consigues mantenerlas, harán siempre de ti una persona en paz con el mundo.
Primera cualidad:
Puedes hacer grandes cosas, pero no olvides nunca que existe una mano que guía tus pasos. Esta mano la llamamos Dios, y Él siempre te conducirá en dirección a su voluntad.
Segunda cualidad:
De vez en cuando necesitas dejar lo que estás escribiendo y usar el sacapuntas. Eso hace que el lápiz sufra un poco, pero al final, estará más afilado. Por lo tanto, debes ser capaz de soportar algunos dolores, porque te harán mejor persona.
Tercera cualidad:

El lápiz siempre permite que usemos una goma para borrar aquello que está mal. Entiende que corregir algo que hemos hecho no es necesariamente algo malo, sino algo importante para mantenernos en el camino de la justicia.
Cuarta cualidad:
Lo que realmente importa en el lápiz no es la madera ni su forma exterior, sino el grafito que hay dentro. Por lo tanto, cuida siempre de lo que sucede en tu interior.
Quinta cualidad:
Siempre deja una marca. De la misma manera, has de saber que todo lo que hagas en la vida, dejará trazos. Por eso intenta ser consciente de cada acción.
La comparación entre la vida de los hombres y este pequeño lápiz nos recuerda a la Madre Teresa de Calcuta, a la que le gustaba definirse como, "Yo soy el lápiz de Dios. Un trozo de lápiz con el cual Él escribe aquello que quiere. Soy como el pequeño lápiz en su mano. Eso es todo. Él piensa. Él escribe. El lápiz no tiene que hacer nada. Al lápiz solo se le permite ser usado.
**Se hace un canto a elección, para entrar en clima de oración y reflexión.*

2.- TEXTO DE APOYO.

Durante estos meses transcurridos, hemos venido profundizando sobre la figura y el llamado que tenemos como "laicos sembradores del evangelio" y que importante recordar que solo quien siembra, quien evangeliza desde la pequeñez, desde la humildad podrá dar frutos, pero no frutos terrenales, humanos (un aplauso, encontrar un puesto o la satisfacción personal de haber hecho algo bien), sino frutos eternos. Queridos hermanos, el secreto de la santidad pasa por la pequeñez de corazón, por estar unidos a Cristo, purificando cada día nuestra intención y hacerlo todo con amor y por amor. En el amor seremos juzgados al final de nuestra vida, como matrimonios, como hijos, como familias, como animadores y miembros de Hogares Nuevos, recordemos siempre que la Obra no es propia, sino de Cristo, y solo sembrando desde el amor y sabiendo que es por Cristo y para Cristo, desde las pequeñas cosas que realicemos harán eco en la eternidad.

No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. (Jn 15,16) Cristo es vida, alimento, guía y orientador de nuestras vidas, es el que quien motiva toda nuestra entrega. Descubrir cada día que estamos llamados, más aún, que Él puso su mirada en cada uno de nosotros, es algo que nos tiene que interpelar fuertemente, Jesús mismo lo dice en este pasaje del Evangelio, "*los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero".* Es por alguien Vivo que nos jugamos. ¡No por alguien muerto, ni por meras motivaciones humanas, sino por Cristo Vivo! Por Él y sólo por Él.

Si cada uno de nosotros, que estamos llamados a ser sembradores del Evangelio, colaboradores directos de Cristo, no experimentamos fuertemente que somos instrumentos en manos del Señor, y en cambio, nos creyéramos capaces de dar por nosotros mismos la vida que proviene de Dios, prescindiendo de Él, demostraríamos una gruesa ignorancia y una autosuficiencia destructiva de la Obra de Dios. Cuando se cree que por sí solo se puede hacer algo, automáticamente se deja de hacerlo.

El apostolado debe ser fecundo y para ser fecundo debe haber unión íntima con Jesucristo. Jamás se debe confiar en las propias fuerzas, sólo en las de Dios. Para esto, es necesario pedir al Señor el don de la humildad, para no caer en la autosuficiencia, en el orgullo, en confiar en los propios talentos, o en el afán de lucirse con los éxitos que se pueden alcanzar.

Solo desde el don de la humildad, desde esa pequeñez de corazón que constituye el gran tesoro de la vida interior, y con la confianza puesta en la ayuda de Dios, podemos encontrar la verdadera garantía de fecundidad en nuestro accionar evangelizador. La humildad es la clave, porque nos hace reconocer que necesitamos de Él, que sin su gracia nada podemos y que toda obra evangelizadora alcanza su verdadera fecundidad cuando nos dejamos conducir por su amor.

Y surgió una discusión sobre quién debía ser considerado como el más grande. Jesús les dijo: «Los reyes de las naciones dominan sobre ellas, y los que ejercen el poder sobre el pueblo se hacen llamar bienhechores. Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que es más grande, que se comporte como el menor, y el que gobierna, como un servidor. Porque, ¿quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa? Y sin embargo, yo estoy entre ustedes como el que sirve (Lc 22,24-27).

Que importante que logremos descubrir que a Jesús le agradan los corazones sencillos, pequeños, que no busquemos el ser reconocidos, grandes ante los ojos de los hombres, más bien, que reconozcamos nuestras limitaciones, lo que somos, y que nos pongamos a su servicio, que Él haga su obra en nosotros. Somos sembradores pequeños en manos del Señor. Como lo expresa el Evangelio: *Así también ustedes, cuando hayan hecho todo lo que se les mande, digan: "Somos simples servidores, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber" (Lc 17,10).*

La vivencia de la humildad, de la pequeñez, es el camino para abrir espacio a Dios en nuestra vida. Preguntarnos, frente a una decisión ***¿qué haría Cristo en mi lugar***?, implícitamente estamos haciendo otra pegunta: ***¿cómo estamos desapareciendo, en este instante, para que seas tú, Señor?*** Estamos llamados a preguntarnos cuánto somos capaces de desaparecer para que sea Él quien viva y actúe en nosotros.

La humildad es lo que hace que el corazón vaya produciendo el hueco para el huésped que es Cristo. Esto se logra en la medida en que la gracia nos ayude a que nuestro yo se entregue constantemente en un servicio desinteresado, cuando no se busca el interés en cada cosa que se hace. La entrega a Jesucristo tiene que ser algo muy puro. Decirle aquí estoy Señor, significa seguirlo, sin interés personal, ni espiritual ni material. No tenemos que buscar nada a cambio. (*Familia: rostro de Dios, p.37*).

La sencillez y la humildad preparan el camino para el encuentro con Cristo. Dios solamente se alberga en un corazón sencillo y humilde. La obra de Cristo hecho raíces más profundas donde los instrumentos humanos han sabido transmitir lo profundo presentado de un modo sencillo. Dios habita en la sencillez porque Él es simple.

Fijémonos en la expresión de San Juan Bautista: *"Es necesario que yo crezca para que crezca Él" (Jn 3, 30).* Debemos ser conscientes de que todo nuestro yo está destinado a ser un simple instrumento en manos del Alfarero. Es imposible vivir sin humildad.

3.- REFLEXIÓN DEL TEXTO, ESPACIO PARA DEBATIR Y COMPARTIR

1.- ¿Nos reconocemos como simples instrumentos en manos del Señor o nos dejamos llevar por el orgullo, el querer mostrarnos ante nuestras responsabilidades dentro de la Obra?

2.- ¿De qué manera podemos cultivar una mayor humildad y pequeñez de corazón para dejarnos conducir por Dios?

3.- ¿Vivimos nuestra misión con la conciencia de que cada semilla de amor y servicio puede dar frutos para la eternidad?

4.- ¿Qué estamos sembrando hoy como hijos, como matrimonios, como consagrados con nuestra vida para que dé frutos de eternidad?

4.- CONCLUSIONES FINALES, PARA LEER EN EL TALLER, Y SEGUIR REFLEXIONANDO EN CASA

Queridos hermanos, que este Taller de Espiritualidad nos ayude a hacer un examen de conciencia, a ponernos cara a cara frente a Dios y preguntarnos de manera personal: ¿Por quién estoy aquí? ¿Por quién hago las cosas? Ojalá la respuesta sea: ***Por Cristo, por amor a Él.*** Pidámosle todos los días la gracia de cultivar esto en nuestro corazón, de purificar siempre nuestra intención.

Que logremos descubrir día a día que no somos nosotros los que hacemos la obra, sino que es Cristo quien la hace. Para todo esto es fundamental permitir que el Señor talle en nuestros corazones la virtud de la sencillez y la humildad.

La humildad nos llevará a "no hacer nada por rivalidad, por orgullo, buscando el propio interés". No debemos hacer las cosas para ser mejor que el otro. Hay que hacer las cosas lo mejor que se pueda.

Solamente quien es humilde es capaz de entregar los talentos, las capacidades. Sin humildad se las reserva para uno, no las arriesga. Dios nos ha dado muchas capacidades, fundamentalmente nos ha dado la capacidad de llevar su palabra. Somos capaces de llevar su palabra porque él actúa en nosotros, porque somos sus instrumentos.

También digámosle nosotros, como un día lo dijo Madre Teresa de Calcuta y como seguramente muchos santos lo experimentaron: "Yo sólo soy un pequeño lápiz en la mano de Dios".

Que María Reina de la Familia, maestra de la humildad y de la pequeñez nos inspire, nos acompañe y nos lleve siempre por la vía del amor y del servicio desinteresado a su hijo Jesucristo.

BIBLIOGRAFÍA

Biblia. El libro del Pueblo de Dios. Editorial Verbo Divino.

Facci, R. (2002). Familia: Rostro de Dios. Buenos Aires: San Pablo.

Facci, R. (2012). Familia,¡enciende en tu seno la luz de Cristo! Buenos Aires: San Pablo.

Falaguera, R. (31 de octubre de 2007). La metáfora del lápiz. Periodismo católico.

https://catholic-link.com/citas/soy-un-pequeno-lapiz/